

Mirada al Chile del siglo XX

## Las raíces en la memoria

► **Con ironía y humor,** Isabel Allende reconstruye su vida en el libro "Mi país inventado".

IVAN QUEZADA

La larga experiencia de Isabel Allende como periodista —ejerció el oficio entre los 17 y los 33 años— se torna evidente en su autobiografía "Mi país inventado" (2003, Sudamericana). De hecho, el libro parece obedecer al principio de atrapar al lector con frases ingeniosas y sucintas; su escritura es veloz y, aunque adolece de alguna ligereza, logra a la postre transmitir una visión íntima y a la vez desapegada del Chile de sus memorias.

Lo mejor del texto se encuentra en sus páginas interiores. Antes desenvuelve algunas descripciones genéricas sobre la geografía y la idiosincracia nacional, apuntes que para cualquier chileno no aportan mayores novedades: repasa allí prejuicios ya enraizados como la idea de que somos "los ingleses de Sudamérica", o el supuesto aislamiento de nuestro territorio.

Salpica estas observaciones con algunas vivencias de su juventud que tenderían a confirmarlas, subrayando así su declarado desdén hacia la objetividad en la prosa.

Aquellos párrafos, que parecen escritos para el público extranjero (casi como una guía turística), dan luego lugar a sus memoranzas familiares.

Aflora entonces lo más substancial de su empeño: la búsqueda de sus raíces e identidad chilenas.

Si bien la autora comienza su libro afirmando que "no me creo de ninguna parte",

y hasta sostiene después sentirse una estadounidense —en ello habría influido el ataque terrorista a las Torres Gemelas—, por la fuerza de sus recuerdos se reencuentra gradualmente con su chilenidad.

Desde luego, por el hecho de originarse en su memoria, su sentido de pertenencia casi es como una ficción: tiene que remontarse en el tiempo, a un país que ya no existe, para encontrar las claves de su lenguaje y su concepción del mundo.

Cuando se refiere a costumbres y formas de relacionarse entre los chilenos ahora desaparecidas, va un paso más allá de la simple nostalgia y discurre en su propia personalidad. Comprende que su desenfadado, su tendencia a manifestar críticas rotundas, incluso su humor a veces teñido de tragedia, no son gratuitos: corresponderían al mundo de sus antepasados.

Se echa en falta, sin embargo, una mayor elaboración literaria en la escritura. El libro es entretenido, narra anécdotas sabrosas con una comicidad muy personal y contiene algunas opiniones lúcidas sobre el racismo en Chile, pero no profundiza en las causas y consecuencias de los defectos que observa. De esta manera, se lee con absoluta facilidad y rapidez, tal vez demasiada, ya que resulta innecesario detenerse a pensar en las implicancias de sus afirmaciones.

Pese a todo, el elemento desproljo de la redacción causa cierta identificación y cercanía con Isabel Allende; permite contemplar su humanidad sin las vestiduras del esteticismo ni de los pasos forzados del realismo mágico que ella cultiva en sus novelas.

No consigue la agudeza periodística de un Joaquín Edwards Bello, pero cuenta su historia con eficacia y nos entrega un cuadro vivaz de Chile visto a través de los ojos de su familia.



HISTORIA DE UNA CASA.— La novelista nacional pone especial énfasis en los recuerdos de su infancia en casa de su abuelo, en Santiago.